

Momentos del desánimo. El desánimo de María Luisa se me contagia y no sé animarla con palabras buenas y valientes. Realmente, estamos cercados de muchas dificultades. Y sobre todo, esto: que, una vez vencidas, es cuando empieza el problema, es decir el dolor: el problema o dolor de crear. Es como si perteneciera uno a dos vidas: una primaria, que no tuviera tanta importancia (¿y, después de todo, qué es eso: la vida?). Y otra la verdadera, la del dolor y la alegría de crear. María Luisa quiere ayudarme en mi creación, siendo mi esposa, para los quehaceres domésticos. Pero tiene el problema de la suya. Yo quisiera ayudarla, ganado para vivir con el mayor desahogo posible, y tengo el problema de la mía.

Antes creía que a los paisajes bastaba sentirlos, pero hace falta más: vivirlos. Antes, en mi oficio de soñador contemplativo, deseaba una especia de nada sabrosa de Dios, que no interrumpiera ningún ingrediente ajeno, de humanidad mostrenca, des-

agradable, sumida en sus chismes y pasiones. Ahora, el vivir los paisajes con María Luisa, más intensamente aún que antes, sigue manteniendo la unidad espiritual, sin estorbos, ni intervenciones, pero, en vez de indefensa, bien defendida por la realidad misma de los actos, de los afectos, de las necesidades y las obligaciones. Es lo que llamaré aquí la muralla de los seres queridos, en la que radica la realidad bendita de la vida.

Me ha cambiado María Luisa el florero de mi mesita-tocador. Ha puesto en él tres rosas silvestres de escaramujo algo mezclado con rosal cultivado. Y otra rosa rojo-oscuro en corola cerrada, de pétalos que se abarquillan y piel aterciopelada y aroma suave. También dos ramitas de pino, con la piña verde y en flor y las puntas de las agujas color rojo claro, que cogimos a la salida del Forestal, en nuestro paseo de ayer tarde.

(Luis Felipe Vivanco, Diario, 19)

MARÍA LUISA GEFAELL, UNA VOZ RENOVADORA EN LA LITERATURA INFANTIL ESPAÑOLA DE LOS AÑOS CINCUENTA

JAIME GARCÍA PADRINO

A lo largo de la década de los cincuenta, los decididos intentos por elevar la dignidad de la literatura infantil trataron, sobre todo, de estimular un renovado interés editorial por la creación de mejores libros para los más jóvenes. Uno de tales intentos fue la convocatoria del Premio Nacional de Literatura dedicada entonces a la especialidad de cuentos infantiles. La concesión de aquel premio refrendó la aparición de nuevas actitudes creadoras a la hora de encarar la rela-

ción con el público infantil. Así lo demostraron tanto la obra galardonada —*La princesita que tenía los dedos mágicos*, de María Luisa Gefaell—, como el accésit para *El primer botón del mundo*, de Celia Viñas Olivella. Ambas obras premiadas eran colecciones de cuentos con una nueva visión de los elementos tradicionales en los cuentos escritos para niños, desde un auténtico acercamiento a la visión infantil de la realidad y de la fantasía.

En los diez cuentos incluidos en la primera edición de *La princesita que tenía los dedos mágicos* (1953)¹, María Luisa Gefaell combinaba un doble tratamiento de la narrativa de carácter infantil. De un lado, una recreación de los elementos más clásicos o habituales, con ligeros apuntes actualizadores, tal como mostraban “La princesita...”, “El violín encantado”, “La Historia de la niña Margarita” —la felicidad llega ahora a los personajes con una margarita blanca creada con unas gotitas de la sangre de la Virgen María—, “María Nieves y los siete enanitos” —una particular recreación de esos personajes clásicos actualizada con la intervención de unos bandidos que raptan a un pequeño, pero que serán vencidos por los enanitos—, “El ogro pilongo” —donde la solución llega con la ayuda de San Francisco— y “La cueva de Villaviciosa”, iniciado con un diálogo muy ágil para contar unos juegos de viajes imaginarios entre hermanos y donde la autora ofrecía buenas muestras de su peculiar estilo en las descripciones coloristas con las que animaba sus narraciones, dando, además, a esta historia el aire de un cuento narrado a sus propios hijos sobre lugares conocidos en sus veraneos. Por otra parte, en otros de estos relatos desarrollaba una nueva concepción de la fantasía, con ligeros apuntes de carácter moralizador o instructivo: “Los monigotes de Luisana”, “Las islas maravillosas”, “Las tres caracolas”, o “Los cartuchos del abuelo”, quizá la más cumplida muestra de ese tratamiento renovador de la fantasía de inspiración tradicional.

Semejante inspiración en las experiencias veraniegas con sus propios hijos animó las narra-

ciones publicadas con el título de *Las hadas* (1953)², donde la autora recreaba una visión de objetos y personajes reales desde una poética perspectiva con la que presentaba esa realidad en unos peculiares ámbitos de lo fantástico. Cumplía así la autora con una de las ideas expresadas en “Las hadas del mar”, el primero de estos relatos: “Todas las cosas pueden tener dentro un hada”.

A partir de esa premisa creadora, cada uno de estos diez relatos ofrecía una original interpretación de la naturaleza más cercana —“Las hadas del mar”, “Las hadas de la tierra”, “Las hadas del sol”, “Las hadas del agua del riego”, “Las hadas del viento del Oeste”, “Las hadas del melonar”, “Las hadas de la luna”—, de la música —“Las hadas de la música”—, y de elementos propios de una historia o leyenda local —“Las hadas de Monreal”—: el volumen se cerraba con la llegada del mes de septiembre, recreada en “Las hadas de la tierra”. En el desarrollo de estas narraciones, María Luisa Gefaell demostraba un especial afán por la riqueza y animación de sus descripciones, coloristas y sensoriales, con el refuerzo del polisíndeton para dotarlas de un cierto tono oral, como algo contado de viva voz a un cercano auditorio.

Esta aportación renovadora a la Literatura Infantil Española de los años cincuenta se completaba aún con mejor acierto gracias a *Antón Retaco* (1955), obra insólita en aquel momento por la originalidad de sus planteamientos temáticos y por reflejar una cierta proyección de la novela social y ruralista vigente en la literatura de los años cincuenta. La obra, además de recrear

¹ *La princesita que tenía los dedos mágicos*. Barcelona: José Janés, 1953. Hay una segunda edición (Barcelona: Noguer, 1984), que incluye sólo seis de los diez cuentos de aquella primera publicación.

² El volumen presentaba la siguiente dedicatoria: “Para mis hijas Sol y Maitina, en recuerdo de este verano y de sus hadas. Villaviciosa de Odón, septiembre de 1952”. En la segunda edición (Madrid: Alfaguara, 1979) el título se completaba con el nombre de esta localidad madrileña, a unos quince kilómetros del centro, lugar de veraneo entonces y hoy convertida en una atractiva ciudad residencial.

una tradición picaresca en esa figura infantil de su protagonista central, adornado de una inocencia que no resultaba fuera de lugar, desarrollaba como tema esencial de la obra un canto de la libertad, la condena de la rutina, de la vida monótona, oscura y triste. La autora utilizaba para ello las peripecias de una familia de titiriteros que viajan por una España rural, entre cuyas gentes sufren ciertas incomprendiones dada la singularidad de sus formas de entender la vida y la libertad:

Junto al pequeño Antón, un personaje gana importancia en el desarrollo del relato: el tío Badajo, padrino forzado en el bautizo del chiquillo, que no duda al abandonar la seguridad de su empleo como sacristán para cambiarlo por la vida, más atractiva para él, de ir por los caminos de feria en feria. Como recursos narrativos, la autora utilizaba el relato autobio-

gráfico, a caballo de la evocación nostálgica de una infancia y del reflejo de una incompreensión del mundo adulto por parte de Antón, su protagonista, junto con la forma epistolar de los capítulos finales de la obra.

Aunque María Luisa Gefaell se dedicó también a la traducción —*Kasperle*, de Josephine Siebe— y a las adaptaciones o vulgarizaciones de obras clásicas —*El Cid*, *Roldán* y *Los Nibelungos*—, las tres obras antes comentadas han llegado, sin duda, a alcanzar ya la condición de clásicos de nuestra Literatura Infantil, como demuestran sus reediciones que las han mantenido —y deben seguir haciéndolo— al alcance de sus lectores, pero sobre todo por la actualidad y la vigencia de sus tratamientos literarios. Por eso, y merced ahora a María Luisa Gefaell podemos decir, una vez más, que la Literatura Infantil y Juvenil Española también tiene sus clásicos.

BIBLIOGRAFÍA

- *La princesita que tenía los dedos mágicos*. Ilustraciones de Pilarín Ballés. Barcelona, José Janés, 1953.
- La segunda edición (Ilustraciones de Tino Gatagán. Barcelona: Noguer, 1984), recoge sólo seis de los diez cuentos de la obra original. Fue Premio Nacional de Literatura en 1952.
- *Las Hadas*. Ilustraciones de Benjamín Palencia. Madrid. Ediciones Nueva Época 1952. *Las hadas de Villaviciosa de Odón*. Ilustraciones de Benjamín Palencia. Madrid, Alfaguara, 1979.
- *Antón Retaco*. Ilustraciones de Carlos Lara. Narcea, Madrid, 1955-1965. Fueron seis libros independientes: *El bautizo*; *La función*; *Por los caminos*; *En Villavieja*; *Los niños tristes*, y *Del ancho mundo*. En 1979 (Barcelona, Noguer, ilustraciones de Arcadio Lobato) se hizo una edición que recogía los seis libros.
- *El Cid*. Ilustraciones de Laszlo Gal. Barcelona, Noguer, 1965.

- *Los Nibelungos*. Ilustraciones de Laszlo Gal. Barcelona, Noguer, 1966.
- *Roldán*. Ilustraciones de Laszlo Gal. Barcelona, Noguer, 1970.
- *La estrella y el camino*. Ilustraciones de sus hijas Margarita y Soledad, su hijo Juan, y sus sobrinos. Madrid, Narcea 1969.

María Luisa Gefaell fue también una extraordinaria traductora y no queremos dejar de mencionar la traducción-adaptación de la serie de *Kasperle* de Josephine Siebe (Noguer, 1962 y ss), ni tampoco algunas otras obras de Literatura Infantil y Juvenil como, *Kati en América* de Astrid Lindgrend (Juventud, 1964); *Cuentos* de los Hermanos Grimm (Noguer, 1974, en la actualidad en Círculo de Lectores); *Aventuras de Sherlock Holmes* de Arthur Conan Doyle (Printed International de Panamá). Algunas de estas traducciones las firmó con el pseudónimo de María Campuzano.